

JOAQUÍN LEGUÍA

∞ el héroe de la tierra de niños ∞



TELEO PRODUCCIONES S.A.C



Joaquín Leguía

El héroe de las tierras de niños

© 2019 Teleo Producciones S.A.C

Teleo Producciones S.A.C

Colección: LEER PARA EL PERÚ
Dirección y diseño de la colección: Teleo Producciones S.A.C
Coordinación de la colección: Paiche Films
Escritura, corrección y revisión:
Carlos Fuller Maúrtua
Omar Mejía Yóplac
Portada e Ilustraciones: Dominique Millán
Asistente de Ilustración de Portada: Ronaldo Pareja Huamán
Asistente de Ilustración de Ilustraciones: Mayte Cáceres
Diagramación: Dominique Millán
Asistente de Diagramación: Mayte Cáceres

Editado por: Teleo Producciones S.A.C
Jirón 2 de mayo 237, Barranco
Teléfono: (+51) 01-3057036
RUC: 20545588057

Primera Edición - Abril 2019
Tiraje: 5500 ejemplares.

Impreso en el mes de abril del 2019 por:
Punto y Grafía S.A.C
Dirección Legal: Cal. Los Rosales Mza. B1 Lote. 5
Urbanización: La capitana de Huachipa
Lurigancho, Lima, Perú.
www.puntoygrafia.com.pe

ISBN: 978-612-47974-1-5



Hecho el Depósito Legal en
la Biblioteca Nacional del Perú
ISBN: 978-612-47974-1-5

ÍNDICE



1	El jardín secreto.....	Pag. 8
2	Joaquín en la selva.....	Pag. 12
3	Maestro de vida.....	Pag. 16
4	El aporte de los niños.....	Pag. 20
5	El camino propio.....	Pag. 24
6	Un territorio necesario.....	Pag. 28
7	El bosque de los niños.....	Pag. 32
8	¿Qué fue lo que hicimos mal?	Pag. 36
9	Los Polinizadores.....	Pag. 38
10	El regreso del jardín.....	Pag. 42



*Estos libros se han hecho en honor a los más de
2 millones de niñas y niños peruanos que aún no
tienen acceso a libros y bibliotecas escolares.*





Un héroe especial

Luego de conocer a Marino Morikawa, el científico que limpió el humedal El Cascajo, Ema continúa con su búsqueda de héroes peruanos. La travesía de Marino la inspiró y la animó a buscar a otros peruanos que tuvieran historias similares en las que hayan tenido que tomar decisiones importantes para hacer algo grandioso.

Así conoció a Joaquín Leguía.



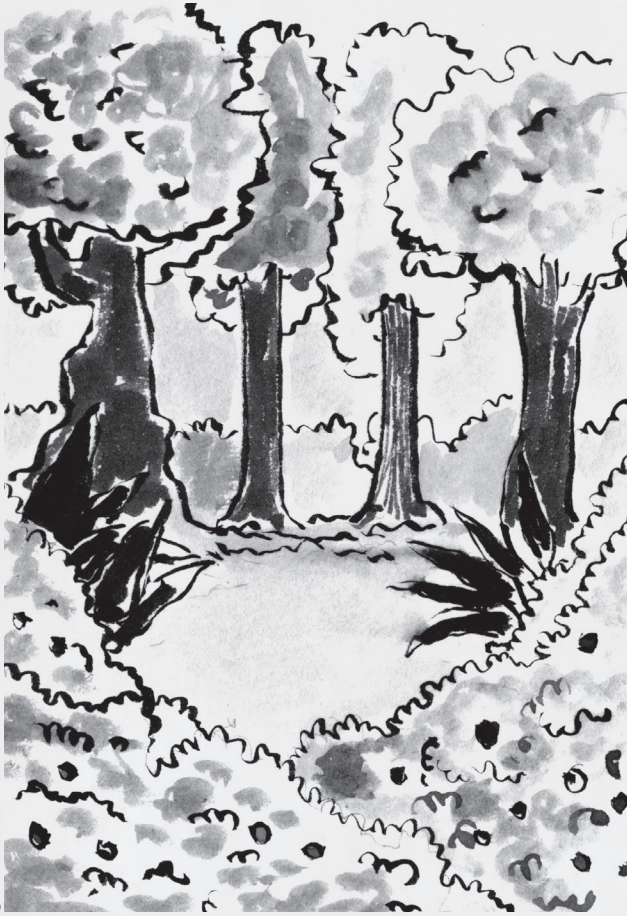


Este segundo libro cuenta la historia de Joaquín Leguía, fundador de la organización ANIA, la cual ayuda a los niños y jóvenes a tener un espacio de tierra donde puedan criar la vida y la biodiversidad con cariño y así aportar a su bienestar y el de su comunidad.





Capítulo Uno






El jardín secreto




En mi colegio tenemos un jardín. Es pequeño, pero tiene plantas y flores muy lindas. Unos días atrás, mi profesora nos dijo que haríamos la clase allí. Cuando llegamos, sacó una bolsa repleta de semillas. “Cada uno va a ser responsable de una flor”, nos dijo. “Van a tener que regarla todos los días”. La mía es un girasol.

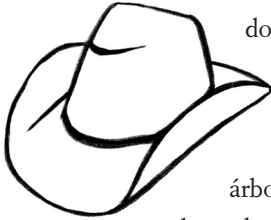
Cuando terminamos de sembrar las semillas regresamos al salón y, allí, nos esperaba un señor risueño. Su nombre era Joaquín Leguía. La maestra nos dijo que él era el segundo invitado de nuestro proyecto “Buscando al estudiante héroe”. Y nos contó que era el creador de un proyecto llamado “Tierra de Niños, Niñas y Jóvenes”, también conocido como “TiNi”. Estos son espacios de tierra que los adultos entregan a niños como nosotros para sembrar plantas, cuidar animales y decorar el lugar de manera que inspiremos y contribuyamos a nuestro bienestar, a las demás personas y a la naturaleza. La idea me pareció increíble.

—¿Cómo se te ocurrió? —le pregunté a Joaquín, desde mi asiento.

—Todo comenzó en un jardín, como el que tú tienes en este colegio —me dijo.

Joaquín nos contó que, cuando tenía cuatro años, se mudó

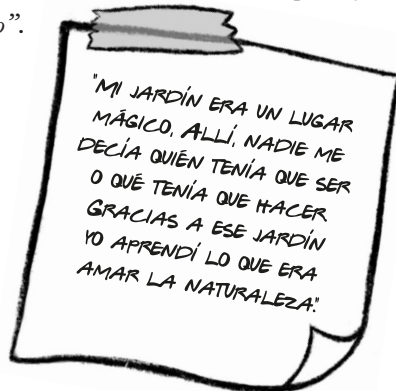
con su familia a la casa de su abuelo. Junto a la casa, había una huerta antigua con un jardín rodeado de árboles, que pronto se convirtió en su lugar favorito de todo el mundo. Se pasaba horas en ese lugar, imaginando historias fantásticas. Allí, Joaquín podía ser Tarzán y, al día siguiente, una estrella de fútbol. Un día luchaba contra cazadores



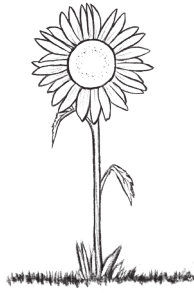
furtivos y, al día siguiente, ganaba la copa del mundo para Perú con un gol de chalaca en el último minuto. Era el héroe de historias que siempre tenían un final feliz. En su jardín, los perros no eran perros, sino leones. Él se trepaba a los árboles y desde ahí se subía a las nubes. O se quedaba

en la tierra y jugaba fútbol con Augusto, su hermano mayor. Él es un chico con habilidades diferentes que, de pronto, cogía una rama y se ponía a narrar las jugadas de Joaquín como un profesional haciéndolo sentir que estaba en un estadio repleto de espectadores.

“Mi jardín era un lugar mágico”, nos dijo Joaquín. “Allí, nadie me decía quién tenía que ser o qué tenía que hacer. Gracias a ese jardín yo aprendí a amar la naturaleza como una madre, una amiga, una cómplice, una protectora y una maestra. Y cuando sientes amor por algo, después, vas a luchar por cuidarlo”.



"MI JARDÍN ERA UN LUGAR MÁGICO. ALLÍ, NADIE ME DECÍA QUIÉN TENÍA QUE SER O QUÉ TENÍA QUE HACER. GRACIAS A ESE JARDÍN YO APRENDÍ LO QUE ERA AMAR LA NATURALEZA."





Capítulo Dos



Joaquín en la selva

La mamá de Joaquín tenía unos amigos que trabajaban en el Hospital Amazónico, en Yarinacocha (un distrito de Pucallpa, en la provincia de Ucayali, en la selva del Perú). Como ella sabía que su hijo amaba la naturaleza, decidió llevarlo. Entonces Joaquín tenía 8 años y, por fin, pudo conocer esa selva que imaginaba cuando jugaba en su jardín.

Hasta ahora se acuerda del momento en que la vio por primera vez. Él estaba a bordo del avión y se asomó por la ventana. De pronto, la nave cruzó las montañas, se abrieron las nubes, y él se encontró con una alfombra verde y un río zigzagueante que parecía una lombriz o una culebra. “¡Wau! ¡Ese jardín lo quiero explorar!”, fue lo que dijo al ver ese paisaje tan extraordinario.

Al llegar al Hospital Amazónico, le presentaron a tres niños de la etnia shipiba. Sus nombres eran Octavio, Favio y Mauro.

—¿Quiéres jugar a la pelota?— fue lo primero que le preguntaron esos niños.

Joaquín nos dijo que en ese momento comenzó un segundo capítulo de su infancia. Con Octavio, Favio y Mauro se iba a pescar y a explorar la jungla. Un día, mientras paseaban entre los árboles, sus amigos lo sostuvieron para que no se moviera.





—*¿No lo ves?*

—*¿Qué cosa?* —les respondió él, sin saber qué tenía que contestar.

—*¿Cómo es posible que tu ojo no mire?*

Recién entonces se dio cuenta que, escondida entre el barro y las hojas, había una serpiente de color marrón.

—*Mejor vamos por otro lado. Esa culebra es venenosa* —le dijeron, riéndose. Ellos no querían que Joaquín tuviera miedo, solo cuidado.

Hasta los doce años, Joaquín visitaba Ucayali muy seguido. Se quedaba durante meses allá y, para él, no había mejor lugar en el mundo, claro, después de su jardín. Cuando volvía a Lima y regresaba a su colegio, Joaquín hablaba igual que sus amigos de Ucayali, con el mismo acento de la selva. Sus amigos se burlaban, pero a él no le importaba. Todo lo contrario, se sentía muy orgulloso de hablar diferente.

Durante aquellos días hubo muchos cambios en la familia de Joaquín. Y uno de ellos fue la transformación de su jardín en una losa de cemento. Quizás allí se acabó el gran capítulo de su infancia. Al principio sintió mucha tristeza. Pero Joaquín nos dijo que, también, lo llenó de amor por la vida y la naturaleza. “*Porque, sin saberlo, el espíritu de ese jardín pasó a vivir dentro de mí*”, nos dijo.





Capítulo Tres



Maestro de vida

Joaquín nos contó que su abuelo fue Augusto B. Leguía, un ex presidente del Perú. Desde chico, estuvo acostumbrado a vivir en un ambiente en el que se hablaba de leyes y de política. Pero él siempre supo que eso no era lo suyo. “*Yo quería estar al aire libre, en la naturaleza, rodeado de verde y azul, de animales y buenos amigos*”, nos dijo.

Cuando acabó el colegio, pasó por cinco universidades. Primero intentó estudiar Administración, pero no le gustó. Y cada vez que se cambiaba de carrera, se alejaba más de las carreras “serias” de las que hablaban en su casa. Al final, terminó haciendo una maestría de Gestión Ambiental en una universidad muy importante: Yale, en Estados Unidos. Allí, conoció a William Burch. Él era profesor, pero no uno cualquiera. Joaquín nos dijo que daba clases inspiradoras y apasionadas. “*Cualquier cosa que hagan más adelante en la vida, tiene que tener un propósito*”, les decía durante la clase. Por ello, Joaquín lo eligió para que fuera su consejero. Es decir, para que lo guíe en la carrera.

—*Vas a estar dos años en esta universidad. ¿Qué quieres hacer, qué te dice tu corazón?* —le preguntó el profesor William, mirándolo a los ojos.

—*Quiero estudiar cómo los niños contribuyen a sus comunidades y al medio ambiente que los rodea* —le dijo Joaquín

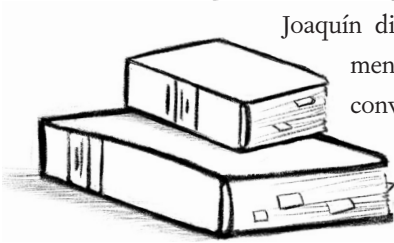


emocionado.

—*¡Me encanta!* —le respondió el profesor—. *Es genuino, es diferente, y se ha investigado poco este tema.*

La respuesta entusiasmó tanto a Joaquín, que inmediatamente le mostró a su profesor un papel con los cursos que había elegido estudiar durante esos dos años.

—*¡No, nada de esto!* —le dijo Burch. Enseguida, sacó un lapicero, comenzó a tachar el papel y a escribir encima—. *Estos son cursos muy convencionales y tú quieres hacer algo diferente. Tienes que estudiar cursos de psicología, por ejemplo. Desde lo más básico. Si vas a trabajar con niños, tienes que entender cómo piensan los niños.*

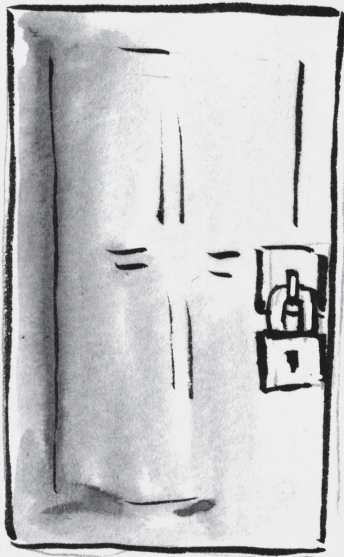


Joaquín dice que esa conversación le abrió la mente, alegró su corazón y fortaleció su convicción. Desde entonces, Burch se convirtió en mucho más que un profesor. Era su maestro de vida.





Capítulo Cuatro



El aporte de los niños

Para realizar su proyecto universitario, Joaquín viajó durante dos meses a una comunidad nativa en Bolivia, cerca de la frontera con Argentina. Allí, descubrió que su idea se ajustaba a la realidad: que los niños y las niñas eran importantísimos para que aquella comunidad funcione. Eran los encargados de buscar agua, de traer leña, pastar el ganado, ayudar a los abuelos a deshierbar y recolectar los frutos y más. A la hora de la cena, las niñas tenían un trabajo muy importante: mientras el pescado se cocinaba, ellas paseaban cerca de la fogata con un palo en la mano, y se encargaban de que las gallinas y los perros no se comieran la comida. Si alguno quería acercarse, ¡plaf!, lo asustaban con un golpe contra el piso. *“Los adultos no suelen valorar el gran aporte de los niños”*, nos dijo Joaquín en la clase. *“Siempre se refieren a los niños como el futuro y no el presente y eso tiene que cambiar porque ustedes aportan de muchas maneras y los necesitamos para mejorar el mundo”*.

Cuando regresó de ese viaje, Joaquín intentó buscar trabajo en las dos organizaciones más importantes del mundo que trabajan con niños. Postuló a ambas el mismo día y, en menos de seis horas, ambas le dijeron que no.

“Nosotros buscamos otro tipo de profesional”, le dijeron. *“Tú no eres economista ni nutricionista”*.

“No entendemos tu proyecto”, también le comentaron. *“¿El*



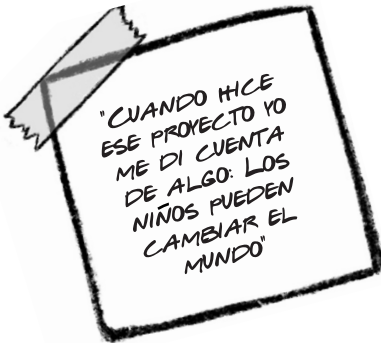
impacto de los niños en el medio ambiente? Eso no tiene sentido”.

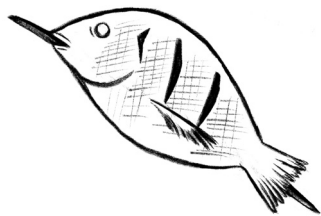
Joaquín no lo entendía. Estudiaba en una de las mejores universidades del mundo, tenía buenas notas, el decano de su facultad le había hecho una buena carta de recomendación. Él pensaba que se pelearían por contratarlo. En su lugar, recibió los dos primeros grandes portazos en la cara de su carrera. Joaquín, triste, se lo contó al profesor Burch.

“*¡Qué bueno que no te contrataron!*”, fue la respuesta de su maestro.

Joaquín lo miró confundido.

“*Es fácil trabajar en esas grandes organizaciones*”, continuó Burch. “*Viajas un ratito a un país con pobreza, das una conferencia con las soluciones y, luego, regresas a tu casa. No, eso no es para ti. Regresa a tu país. Y no te quedes en Lima. Busca alguna comunidad que esté lejos de tu zona de confort y vive en ella. No solo tienes que entender el problema, tienes que sentirlo como tuyo. Cuando conviertas los problemas de estas personas en tus problemas, recién entonces podrás encontrar una solución*”.





Capítulo Cinco



El camino propio

Animado por las palabras de su maestro, Joaquín regresó al Perú con la idea de mudarse a alguna comunidad al interior del país.

“*¡Pero has estudiado en Yale, una de las mejores universidades del mundo!*” le dijeron sus papás, tratando de convencerlo de que buscara un trabajo convencional. Sin embargo, al final lo aceptaron.

“*No es lo que esperábamos, pero lo importante es que hagas lo que amas*”, le dijeron.

Por recomendación de unos amigos, viajó a Madre de Dios. Al llegar al aeropuerto de la ciudad de Puerto Maldonado, le llamó la atención el enorme bosque que rodeaba la pista de aterrizaje y un letrero que decía “*la fiebre amarilla mata*”. Joaquín dejó sus cosas en un pequeño hotel de la ciudad y salió a explorar la zona. Era la hora del almuerzo, todo estaba cerrado y hacía un calor insostenible. Se acercó a la Federación de Nativos de Madre de Dios y les compartió sus proyectos.

—*¿Cómo te llamas?*

—*Joaquín Leguía* —respondió.

—*Pues espera, que ahorita vienen tus primos.*

Al rato, apareció un grupo de shipibos.



—¡Primo! —le dijeron, y lo abrazaron como si fueran conocidos de muchos años.

Luego le explicaron que, en esa zona, muchos niños de la comunidad Shipiba habían sido bautizados con el apellido Leguía. Él lo tomó como una señal de que estaba en el lugar correcto.

Joaquín pasó los siguientes meses investigando la zona.

Se compró un mototaxi y pasaba las mañanas llevando gente, escuchando sus historias y ganando algo de dinero. En su tiempo libre era profesor de inglés, y cuando algún colegio de Lima visitaba la zona él ayudaba como guía.

Fue por esos días que Joaquín fundó ANIA. Las letras quieren decir: Asociación para la Niñez y su Ambiente. En este tiempo logró que unas organizaciones internacionales invirtieran en su idea y puso una pequeña oficina en Madre de Dios. *“Como no existía una organización que hiciera lo que yo quería hacer, decidí fundar mi propia organización”*, nos dijo Joaquín. *“Creé el vehículo que necesitaba para llevar a cabo mi misión de vida”*.







Capítulo Seis





Un territorio necesario



Durante un tiempo y mientras fortalecía ANIA, Joaquín trabajó como consultor en temas ambientales para algunas instituciones (es decir, le consultaban cosas, él los ayudaba y le pagaban por eso). Eso fue hasta el año 1999, cuando entró a trabajar en la Asociación para la Conservación de la Cuenca Amazónica. Allí tuvo que encargarse de una gran tarea: debía lograr que el Estado les otorgara un área de bosque de más de 135,000 hectáreas para cuidarlo y mantenerlo por cuarenta años (a eso se le llama una “concesión de conservación”). Casi dos años después, en 2001, durante los días finales del gobierno del presidente Valentín Paniagua, lo consiguieron y esa concesión de volvió la primera otorgada en Madre de Dios y en el Perú. Entonces, Joaquín sintió que todo se había alineado. Vio su futuro con más claridad.

—En ese momento me di cuenta que a las iniciativas de educación ambiental les faltaba un territorio específico donde las niñas y los niños concentren todos sus emprendimientos—nos contó Joaquín—. No hacer una cosa por acá y otra por allá, porque eso no es sostenible y se desvanece al final.

Así nació uno de los proyectos más grandes de Joaquín: “El Bosque de los Niños”, también conocido como BoNi. En el área que les dieron en Madre de Dios, Joaquín y su equipo



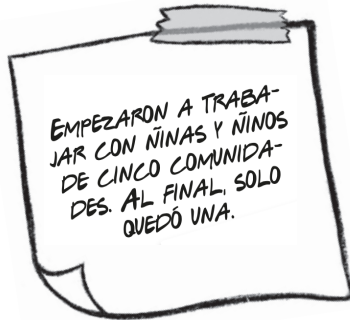
comenzaron a trabajar en cinco comunidades. De estas, solo una funcionó.

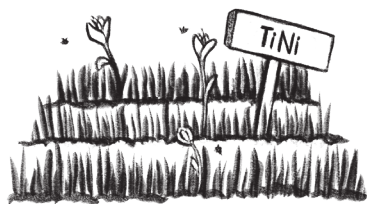
—*Así es la experiencia. Cuando uno inicia un emprendimiento, y este es innovador, uno comete muchos errores. Lo importante es aprender de ellos*—nos dijo Joaquín.

En una comunidad, por ejemplo, comenzaron muy bien, los niños armaron sus huertos y lanzaron sus emprendimientos. Sin embargo, un año después, Joaquín y su equipo volvieron a la comunidad y no encontraron a ningún niño.

—*Todos habían migrado*—nos dijo—. *Nos olvidamos de considerar el tema demográfico. Los chicos suelen dejar sus pueblos para buscar mejores oportunidades.*

También nos contó que, en otra comunidad, hubo una pelea entre los líderes y botaron a todos los que no eran parte de la población nativa. Sin embargo, hubo una comunidad donde sí lo lograron.





Capítulo Siete



El bosque de los niños

i

Te desanimaste cuando estos proyectos fallaron? —preguntó Carlos, uno de mis compañeros de clase.

—*Al inicio un poco, pero estábamos seguros que funcionaría. Hay que sembrar varias semillas y esperar a que alguna de ellas brote*— le respondió Joaquín.

Su quinto intento lo hizo en una comunidad llamada “Boca Amigo”, ubicada en la cuenca media del río Madre de Dios. Allí, la comunidad decidió que les daría 10 hectáreas de bosque (de un total de 400 que tenían) a sus hijos para que tengan un lugar propio donde aprender y jugar. Cuando el equipo de Joaquín visitó la zona, se percataron que el lugar no tenía árboles, era pantanoso y estaba repleto de culebras.

—*¡Les pedimos un espacio de tierra para sus hijos y ustedes nos han dado las peores 10 hectáreas que tienen!* —les dijo Joaquín a los padres y autoridades de la comunidad.

El comentario de Joaquín los hizo reflexionar. Enseguida, cambiaron de opinión y les entregaron la mejor zona que tenían: un territorio cercano, con árboles antiguos y bellos. Allí, cada niño de la comunidad podía hacer lo que su imaginación le permitiera, desde identificar árboles y plantas, cultivar alimentos hasta construir y transformar el espacio. El lugar era tan bonito que incluso



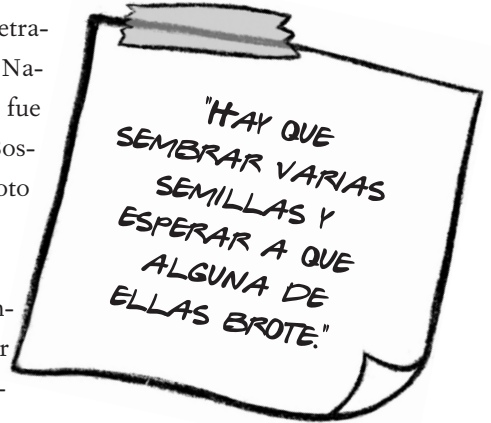
comenzaron a llegar turistas y los mismos niños eran sus guías. Hasta el día de hoy, Joaquín recuerda varias anécdotas con cariño de esa comunidad. Como la que vivió con Lizeth, una niña que, entonces, tenía ocho años, era muy pequeña, y sus amigos siempre la molestaban por ello.

—*Tu planta ha crecido más que tú, Lizeth* —le decían los niños entre risas—. *¿Te has quedado chata!*

—*¡Mi planta ha crecido por el amor que le doy!* —les respondió ella, orgullosa, dejándolos sin palabras.

Joaquín también recuerda a Oshín, una niña que apareció retratada en la portada de la revista National Geographic, cuando esta fue a hacer un artículo sobre el “Bosque de Niños”. Salió en una foto linda con plantas alrededor.

Durante esa época, gente de todas partes venía a visitar el proyecto de Joaquín para conocerlo: viajaban desde varias regiones de Perú y otros países como Brasil y Bolivia. También llegaron más organizaciones internacionales para apoyar el crecimiento de los “Bosques de Niños”. Con esos fondos, Joaquín pudo mejorar el proyecto y fortalecer su equipo. Él pensó que finalmente lo habían logrado. Lo que no sabía era que, pronto, iba a enfrentar la prueba más dura de todas.







Capítulo Ocho

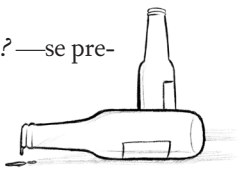


¿Qué fue lo que hicimos mal?

El año 2008, hubo una crisis económica en el mundo y tuvo efectos también en el Perú. Cuando esto ocurrió, el precio del oro se triplicó y todos estaban desesperados por conseguirlo. Entonces, un montón de mineros comenzaron a llegar a la zona donde Joaquín trabajaba con el objetivo de buscar oro. Al poco tiempo, se comenzaron a notar los daños que causaban en la Amazonía. Los mineros talaron los árboles y contaminaron las lagunas. Pero no solo eso. Varias casas de la comunidad se convirtieron en bares: la música sonaba desde las diez de la mañana hasta las tres de la madrugada. Las calles estaban repletas de borrachos. Ya no era un lugar seguro para ningún niño.

—*¿Cómo es posible que hayamos permitido esto?*— se preguntaron los líderes de la comunidad.

Joaquín recuerda que todos estaban llorando aquel día. Lo bueno, dentro de todo lo malo, era que la mayoría de los niños de la zona ya habían crecido y se habían ido a estudiar lejos. Nunca vieron la destrucción de su pueblo. Y así, después de ocho años, murió el primer “Bosque de Niños” de ANIA. Joaquín solo se repetía, una y otra vez, la misma pregunta: “*¿Qué fue lo que hicimos mal?*”



Capítulo Nueve



Los Polinizadores

Entonces sucedió algo que Joaquín describe como “extraordinario”. De pronto, le comenzaron a llegar mensajes de todas partes del Perú y del mundo. Eran personas que se habían enterado sobre los “Bosques de Niños” a través de las noticias y las conferencias que Joaquín daba para ANIA.

“En mi comunidad no hay bosques, pero tenemos una laguna, y hemos hecho una Laguna de Niños”, le decía uno.

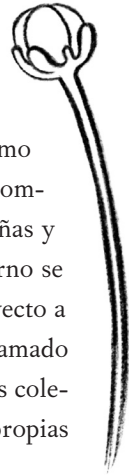
Otro le escribía desde la sierra.

“Aquí hemos hecho lo mismo, pero en un cerro”.

También había quienes no tenían grandes hectáreas, pero tenían un pedacito de tierra.

“Nosotros hemos hecho un jardín de Niños”, le decían.

Estaban por todas partes: había Montañas de Niños, Campos de Niños, Jardines de Niños. Como ya no eran solo bosques, tuvieron que cambiarle de nombre a “*Tierras de Niños*” (o TiNi: Tierra de Niños, Niñas y Jóvenes). Más adelante, unos representantes del gobierno se contactaron con Joaquín porque querían llevar su proyecto a todos los colegios del Perú. Así, él escribió un cuento llamado “*El Gran Tesoro de la Naturaleza*” que se entregó en los colegios, y que buscaban inspirar a los chicos a crear sus propias





TiNiS con dos personajes llamados “Ania” y “Kin”. El Estado hizo suya la metodología con el nombre de “Espacios de Vida” y hoy estos espacios son considerados aulas verdes. Esta experiencia llamó la atención de los representantes del gobierno de Ecuador y empezaron a hacer TiNiS en sus escuelas. Ahora mismo, hay TiNiS en Chile, Costa Rica, Canadá, Japón e India. Aunque el BoNi en Madre de Dios había dejado de existir, el proyecto estaba más vivo que nunca multiplicándose por todo el mundo.

“Piensen en una flor”, nos dijo Joaquín, de pronto. *“Una flor brota, florece, atrae a las abejas, mariposas y otros polinizadores que dispersan su polen; luego se marchita y regresa a nutrir la tierra. Con el tiempo entendí que con El Bosque de Niños de Madre de Dios sucedió lo mismo. Brotó, fue una bella flor, y dado el momento dejó de existir por razones que uno no controla. Pero, antes, llegaron las personas, los polinizadores, y se llevaron la idea por todo el mundo.*

Lo importante no es que algo dure para siempre, sino que mientras exista trascienda en beneficio de los demás”.







Capítulo Diez





El regreso del jardín



Ahora, Joaquín viaja tanto como las abejas y mariposas polinizadoras. Va y viene, dispersando las semillas que sembró su jardín de infancia en él y brotó en su corazón. Cuando alguien le pregunta en qué piensa cuando ve todo lo logrado, él siempre responde lo mismo: *“Pienso en el jardín de mi infancia, en la Madre Tierra”*. Es como si formara parte de él. Como si nunca se hubiera separado de ese territorio de su niñez.

“Cuando me preguntan quién me crió, yo digo que mi mamá y mi papá. Pero quienes criaron mi espíritu fueron mi hermano Augusto y la naturaleza”. Ambos, nos dijo, le dieron las tres grandes lecciones de su vida. *“Uno: que no solo existe lo que uno ve, sino lo que uno siente; y es en base a ese sentir que uno puede concebir, concretar algo y volcarlo a una iniciativa como TiNi, Ania y Kin. Dos: lo que le hacemos a los demás nos lo hacemos a nosotros mismos; por lo tanto, si le generamos bienestar los demás, generamos bienestar para nosotros mismos. Y Tres: para que haya más personas de buen corazón, es fundamental que las niñas y niños crezcan junto a la Madre Tierra, ya que ella, mejor que nadie, tiene la capacidad de cultivar en ustedes la empatía y la compasión por la vida ”*

—Pero ahora ese jardín es una losa de cemento. ¿Verdad?
—le pregunté yo.

—Te cuento que pasó algo curioso —respondió Joaquín—.



Cuando nació mi hija, vivíamos con mi esposa en un edificio. Y como no podíamos tener un jardín, hicimos un “techo verde”.

—*¿Qué es un techo verde?* —preguntó Pablo, el bromista del salón—. *¿Acaso pintaste tu techo con pintura?*

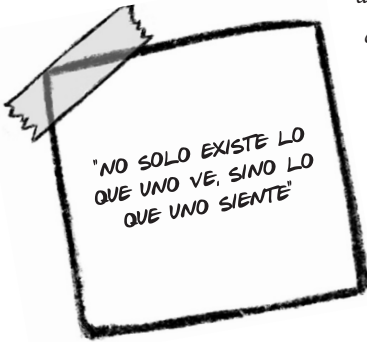
Joaquín soltó una carcajada. Luego nos explicó que, con la ayuda de un amigo jardinero, colocaron en el último piso de su edificio plantas, arbustos, pasto y hasta arbolitos.

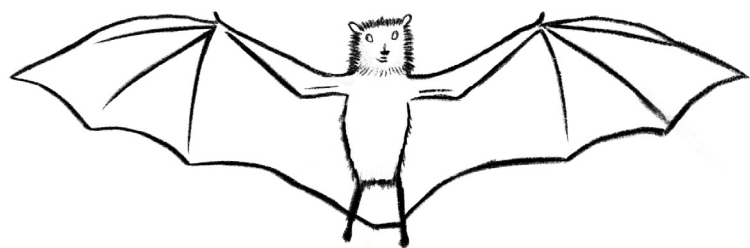
Como no existían muchos espacios así en Lima, comenzó a salir en las noticias y hoy hay techos verdes en muchos lugares.

—*¿Sentiste que, de esa manera, recuperaste tu jardín?* —preguntó Pablo, ahora sí con seriedad.

—*¿Sabes cuándo sentí eso? Hace seis años* —respondió Joaquín—. *Cuando nació mi hijo, mi mamá decidió sacar la losa de cemento y convirtió ese espacio en una “Tierra de Niños” que hoy toda la familia disfruta, ¡incluido Augusto! Entonces, el espíritu de mi jar-*

dín, que siempre estuvo dentro de mi corazón, cumplió su misión, y estoy tan agradecido, que toda mi vida honraré este regalo haciendo siempre que mis decisiones y acciones generen bienestar y alegría en mí, en mi familia, en las demás personas y en la naturaleza: nuestra Madre Tierra.





¿Por qué hemos realizado esta campaña?

Porque hace 8 años nacimos con el sueño de generar acceso a la lectura a un millón de peruanos y, aunque nos dijeron que era imposible, gracias a la alianza con distintas organizaciones nacionales e internacionales y diversas personas, este año lo hemos conseguido y queremos celebrarlo contigo.

Estos libros son un regalo para ti y para todas las niñas y niños que vimos juntando sus propinas para comprarse libros en los quioscos.

Para todos los padres de familia que no tienen dinero para comprarle libros a sus hijos.

Para todos los profesores que necesitan libros para su Plan Lector y para los más de 20 millones de peruanos que compran libros, porque no tienen acceso a bibliotecas públicas y gratuitas.

UN MILLÓN DE NIÑOS LECTORES es una empresa social que construye bibliotecas escolares en escuelas de escasos recursos a nivel nacional, para ejercer el derecho a leer de todos los niños y niñas del Perú.

Ahora tú puedes ser parte de este movimiento comprando los libros de la colección LEER PARA EL PERÚ.

Entérate más de nosotros en:
www.millondeninoslectores.org

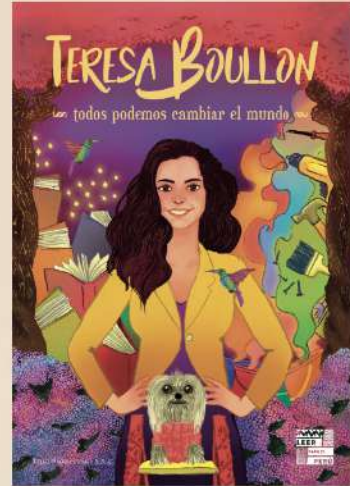
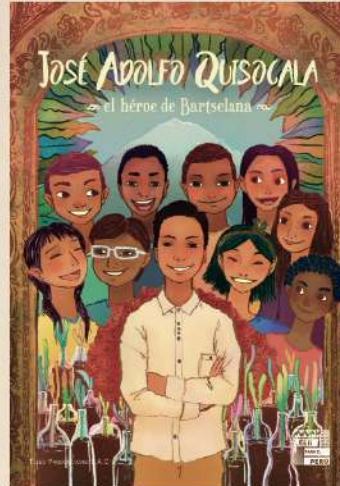
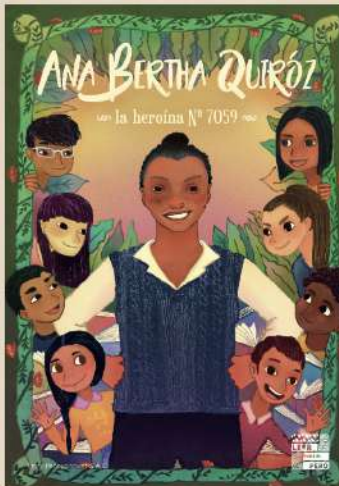
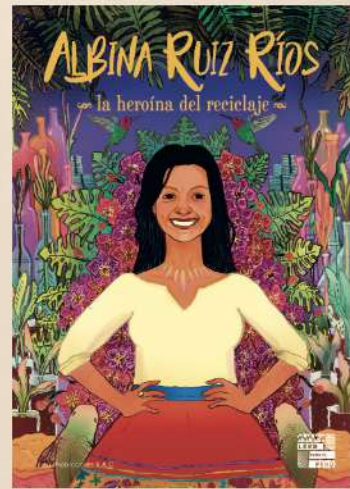


Síguenos en:
[https://www.facebook.com/
MILLONDENINOSLECTORES/
bibliotecas@millondeninoslectores.org](https://www.facebook.com/MILLONDENINOSLECTORES/bibliotecas@millondeninoslectores.org)
(+51)01-305 70 3

¿Te gustó esta historia?

Recuerda que tú también puedes ser un héroe, solo tienes que seguir comprando y leyendo los libros de la colección **Leer Para El Perú**.
¡A más libros vendidos más cerca estaremos de ayudar a más personas!

¡Colecciona todos los libros!



Conoce más de nosotros aquí:

www.millondeninoslectores.org